

Endeble, ligeramente encorvado de espaldas, aparecía a primera vista, insignificante. Pero borraba esa insignificancia el rostro bien delineado, de facciones fuertes, muy pálido, casi cetrino. Y la desmentían los ojos color de avellana, cayendo como estiletes sobre seres y objetos. Ojos de iluminado, de alucinado. Era como si escondieran un mudo clamor o un misterio que tenía algo de mordaz.

Salió a la puerta de la casa. La Cordillera, El cielo. Miró distraído un grupo de queltehues que cruzaban veloces el aire, esparciendo sus gritos estridentes y armónicos. Luego bajó los ojos hacia la vieja avenida familiar, sombreada de árboles, una de las más soñolientas del barrio alto. Huír. Alejarse de la casa verdosa, esbelta y vasta que era su hogar, alejarse de sus estrechas ventanas, de su jardín delantero, de esa atmósfera que lo repelía a la vez que le era necesaria. Abominaba dentro de ella algunos signos, algunos decorados. Había de todo en ese ambiente, fino y vulgar. Caobas de noble veta, telas riquísimas, junto a colores demasiado vistosos, a imitaciones bastardas. Había, sobre todo, un halo inconfundible, no podría decir si destructor o grato, pegado a los muros, a las alfombras, a los muebles, y que era como la esencia misma de las personas que formaban el hogar. En él lo aguardaba siempre una madre tierna pero incomprensiva, en lucha con la época que no lograba entender. No había

en ella vejez de años. Pero el mundo moderno la dejaba atrás, irremediablemente. Y vivía aferrada al pasado. Ese pasado sin sobresaltos históricos, sin angustia colectiva, que fue la vida a principios de siglo. Hasta mil novecientos catorce. Etapa suave, llena de bienestar y de delicias para los privilegiados. Sin duda, ella tenía miedo del presente. Y los otros, a su alrededor, sus familiares, compartían sin motivo esa desesperanza suya, ese incesante temor a lo que va a venir, a algo que flotaba en el aire sin definirse y que era como un anuncio o una amenaza. Aquel esplendoroso mundo de antaño parecía desintegrarse lentamente y arrastrar en su caída a quienes lo forjaron. Pero algo inmenso renacía.

En el padre no había temor sino asombro lleno de maravilla. Y en él, Miguel, desorientación.

La madre era agraciada, hermosa, con su pelo renegrido y su piel muy blanca. A la placidez innata de su expresión se unía ahora cierta avidez por saber, por atravesar la complicada trama de los acontecimientos en su rápida sucesión de la era presente. Emanaba de su persona, sin embargo, una cálida, intensa quietud y a ella estaba sujeto Miguel.

Juzgándola con lucidez casi cruel, no había conseguido liberarse de aquel envolvente calor. La veía debatirse un poco en el vacío, intentando orientarse en los tortuosos caminos de una inseguridad material. Añoraba lo anterior: las visitas sin prisa, el rococó de los muebles, los "blanc de Chine" que ya los jóvenes desterraban de sus casas, las lecturas llenas de lirismo, las conversaciones retóricas en que se jugaba con las frases sin ir al grano. Incluso, en aquel entonces, la gente tenía "lemas." Un día Miguel oyó a

un amigo de la familia preguntar a la madre: - " ¿Y cual es su lema, Teresa ? " Ella enrojeció porque no había pensado en afirmar su personalidad en alguna frase más o menos pomposa que tuviera como asomos de menzajes. Era, para adinerados, una existencia deliciosa y frívola la de antaño semi romántica, semi realista, con cantidad de servidores. Ella, Teresa, cuando sentía el hechizo de algún ambiente hecho a su gusto, murmuraba: "esto es como antes..." ¡Ah, esos tiempos! ¿Cómo los que vivieron tal etapa iban a habituarse a la transformación del mundo, a la supresión de privilegios ? Varias veces, con disimulo, la madre había tratado de arrastrarlo a él al pozo de dudas en que ella estaba sumida. Pero en vano. Miguel, dentro de su desorientación, esperaba con una especie de fervor lo que iba a venir. Y si procuró con ahinco y sin resultado transmitir su fé a la madre, ahora escuchaba sus normas con ojos cargados de malicia o ironía.

Salió de su meditación al herirse sus tímpanos con la desafinada música de un organillero que se unía a las voces dispersas de los queltehues en el cielo. Moría la tarde en azules tintes y la calle, la añosa calle, empezó a tomar su provinciana fisonomía del crepúsculo.

Sí, la madre, en inconsciente y desesperado esfuerzo, intentaba armar a su alrededor - como quien arma un teatro de bolsillo a las piezas dispares de un puzzle - ese mundo que iba derrumbando. Su inadaptación a lo actual se traducía en suspiros sin causa y, a veces, en diatribas contra las costumbres modernas. Juntábanse a tomar té varias señoras y criticaban la época, esa época que las dejaba al margen con su incongruencia, su evolución espasmódica y veloz.

tenían siluetas juvenes, elegantes, pero mentalmente estaban tan lejos de la realidad como si fueran sordas y ciegas. Al pasar, Miguel oía retazos de conversación mientras las miraba verter en las tazas el té aromático. No había duda. Eran insensibles a la ola ondulante de lo nuevo que avanzaba a saltos, ágil, deshaciendo viejos moldes, destruyendo costumbres. Ellas sentían que, bajo sus pies, el suelo temblaba y que invisibles tentáculos cogían su estabilidad para romperla. Pero no querían saberlo, negándose a admitir que las cosas cambiaban y que ellas deberían abandonar el sitio seguro que ocupaban desde siempre. Ellas y también ellos, conglomerado de seres cuyo eje giraba ahora como aguja loca. "Entre el miedo, la convención y el dogma, esa generación, esa clase, sólo ha producido cacatúas..." pensaba él cuando el azar le daba oportunidad de escuchar, sin intentarlo, las charlas femeninas a la hora del té. Luego su pensamiento se clavaba en la madre. La veía en imaginación con su frente alba bajo el cabello de azabache, con su expresión de tierno asombro. Era muy bella, sí. Un ímpetu de cariño lo hacía retractarse y excluirla del término "cacatúa." "Tiene una sensibilidad extrema. Si solamente sacara fuerzas de sí misma para extirpar prejuicios, para evadirse de su grupo social y asomarse un poco a lo extraño, a lo sorprendente que la vida nos entrega cada día... Pero está aplastada por su medio. Y la convivencia con mi padre - que él, sí, lo comprende todo - sólo ha conseguido desconcertarlo

Empezaba a oscurecer. Se encendieron bruscamente los faroles callejeros. Pero Miguel continuó inmóvil en el umbral de la puerta. Era la tarde de un Sábado y, por excepción, nada tenía que hacer a esa hora. Ahora su pensamiento, en vez de irse de vuelo, se hundía en el análisis con

novado goce. ¿en su mundo interno? Miguel se lo preguntó.
Pensaba en el padre. Era vibrante e inquieto como un oleaje. Habría sido delicioso sentirlo como guía en el dedalo de dudas que lo acosaban. Pero algo invisible impidió siempre en ellos dos toda afinidad. Vió como en sueños su rostro extrañamente remoto a la vez que iba sintiendo en sus nervios y en su mente la irradiación casi milagrosa que fluía de su persona. Era un poeta de fama. Miguel, sin expresarlo, admiraba sus poemas que leía a hurtadillas para no demostrar interés. Los admiraba, negándose a admitir que ello, la obra lírica, debiera colocarlo a un nivel superior al de los otros seres humanos. Superior sí, puesto que podía crear. Y crear es asemejarse un poco a Dios. Pero no guardador de privilegios ni de distancias. Frunció el ceño, luego sonrió a solas. ¿Qué importaba a la postre? ¿No podía él si lo desease estar a salvo de la influencia paterna? ¿Respirar por sí mismo? ¿Perderser en una soledad sólo suya? Tal vez sí. Expulsar su efígie del pensamiento. Expulsarla de una vez por todas. En las calles, Involuntariamente hizo con la mano un leve gesto como quiénespanta del rostro a un insecto importuno. Su inmovilidad se trizó. Y pudo ver una hilera de nubes marcando como un límite sobre el cielo a lo lejos. Sí, poder él también marcar el límite que habría de separar su esencia del hechizo del padre.

Sin embargo, cosa curiosa, dentro del hogar el padre aparecía sencillo, afectuoso, sin arrogancias, derramando en torno una serenidad casi extrahumana. Nunca hablaba de sí mismo. Pero aquel hermetismo lo convertía en dios, aislado, soberano. Y ellos, sus familiares, quedaban excluidos de su corriente emocional con sólo una interrogante en los labios.

¿Qué lenguaje emplear ? Entre los tres cambian algunas palabras sin importancia. Él, como táctica, para ver si ocurre algo nuevo, imprevisto, por fin, aguarda aún un minuto. A veces sus ojos tropiezan con otros ojos. Pero ese encuentro de las miradas no mueve en la atmósfera ninguna onda secreta. Todo continúa igual. Entonces, tenso, sin despedirse, se esfuma hacia su cuarto. "Hay en la sala una cuarta presencia, se dice; ese malestar de quienes viven juntos sin tener de qué hablar..."

¡Qué deleite encontrarse en su recinto! Lejos del bar, del aposento en que imperaba la prostituta, de la placidez verdadera o fingida de los padres. Está en lo suyo y todo parece cobrar una dimensión diferente. Cierta clima de irrealidad lo cerca como si misteriosas savias envolvieran su cuerpo y su mente. Algo inmenso pugna por abrirse paso. Pero queda detenido en un casillero del cerebro que, contra su voluntad, está registrando cuanto ocurre en el ambiente que lo rodea: cajones en desorden, puertas que tras el tabique se abren y se cierran, incoloras voces viniendo a romper la trama de sus sueños. Sin embargo, muy adentro, en algún sitio recóndito de su espíritu, hay una pequeña llama que nace, tiembla y vacila, buscando trecho para crecer. Llama intecada. ¿Qué sople adverse la ahoga ? Miguel se concentra con un hueso en el pecho. Y mira a su alrededor, como si en los objetos hubiera de encontrar la valla que detiene su vuelo.

Todo es inofensivo en torno: banales muebles de roble, un sillón de reps verde, cortinas livianas. Una lámpara de pergamino que envuelve su cuarto en penumbra, esa penumbra necesaria a los sueños y a las vacilaciones. Todo es simple, convencional, sin grandeza ni garra inspiradora. En-

cima del lecho, una copia al óleo del San Juan de Leonardo, con el dedo en alto, señalando la cruz. Y en un rincón, un pequeño caballete, cubierto de lienzos. El cuadro y el caballete son islas dentro del ambiente mediocre. Como todas las noches, Miguel se debate en meditaciones contradictorias. Es preciso enfrentarse con su gigante interior aunque tenga que llegar a él dando un rodeo. Ya está. Algo inmenso va a surgir de sí mismo, encauzando fuerzas que lo arrebatan y lo nutren. Permanece inmóvil en su sillón, suspendido al milagro, como si el menor gesto, el menor movimiento, hubiera de desviar aquel soplo precursor. Todo se puebla de maravilla. Empiezan a invadir el cuarto colores y más colores. También sombras, líneas, personajes apenas visibles que pugnan por vivir. Personajes alucinantes, poblando un mundo de magia o pesadilla y que crecen, crecen hasta interceptar la realidad. Duendes listos para esfumarse porque él no puede darles vida. Ante sí surge un universo blanco, espectral y frío, hecho de materiales duros. Luego desaparece. A la fugaz exaltación sigue el vacío mental. Y sólo siente, a lo largo de las venas, el cálido fluir de la sangre que va a agolparse al pecho. Su piel está lívida, como despojada de vida. No importa. Sabe que en cualquier momento caerá de nuevo a ese estado que es como el umbral de lo inesperado. Y sabe también que aquel aletazo de ascensión y descenso, de avance y retroceso, hará trizas sus nervios cada vez. Hasta el agotamiento.

No recuerda ya cuántas noches han transcurrido así, entre despeñaderos internos, sin lograr encontrarse a sí mismo.

Hay en el hogar un punto de apoyo: su hermana Verónica, dos años menor que él y que a veces sabe ser humana. Una rebelde, Verónica. Como él, sí. Pero sin ansia de entrega, acaso

también, sin imposibles búsquedas. Pese a la buena situación económica de la familia, ha ideado, a horas en que se lo permiten sus cursos pedagógicos, vestir de overol y salir en su pequeña furgoneta vendiendo mantequilla de casa en casa. Unos cajoncitos de mantequilla provenientes de la chacra de tía Adela, quién le cede una generosa comisión sobre las ventas. Tal vez en esa forma, con su overol y su mantequilla, cree desafiar los cánones de una sociedad convencional. Esfuerzo inútil e inconsciente hacia un mundo que ha aprendido hace tiempo a mirar con indulgencia las extravagancias de algunos de sus miembros - cada vez más numerosos - que anhelan salirse de rígidos moldes. A otras horas, Verónica muéstrase de falda y sueter, vestida con estudiado desaliño, sin refinamientos de ninguna especie, llena de arrugas la falda y con un botón de menos en su chaleco de lana. Pero es infinitamente atrayente con su tinte mate y su melena larga y lisa, a lo Juliette Greco. Hay una expresión de reto en sus ojos oscuros y sus labios se plisan en rictus irónico.

Acaso su inquietud necesita aferrarse a algo estable, diferente. Porque conserva como un ancla la amistad - empezada en el colegio - de una muchacha perezosa y suave, Virginia Soria antítesis de la rebelión. Semeja una Virgen de Filippo Lippi con su expresión pasiva, como iluminada por dentro, sus cabellos castaños, su ancha frente. Y, a pesar de sus veinte años, no pertenece a la generación de Miguel y Verónica. Es preciso remontarse a la Edad Media o a principios del Renacimiento Italiano para encontrar su origen y su mundo. Antes de las mujeres del Veronese y del Ticiano, antes de su encendida sensualidad. De allí su quietud de estampa, su luminosa inocencia. Se mueve sin prisa,

